

# **Por la sangre y por Dios: integrismo religioso y racismo en la doctrina de Sabino Arana Goiri**

**Jorge Polo Blanco**

Escuela Superior Politécnica del Litoral-ESPOL (Ecuador)



## Por la sangre y por Dios: integrismo religioso y racismo en la doctrina de Sabino Arana Goiri

### By blood and God: Religious integrism and racism in the doctrine of Sabino Arana Goiri

**Jorge Polo Blanco**

Escuela Superior Politécnica del Litoral-ESPOL (Ecuador)

polo@espol.edu.ec

Fecha de recepción: 17 de octubre de 2021

Fecha de aceptación: 22 de diciembre de 2022

#### Resumen

En este trabajo se expondrán y analizarán los componentes ideológicos de la doctrina de Sabino Arana, padre intelectual y político del nacionalismo vasco. Acudiendo directamente a las fuentes, desentrañaremos los principales componentes de su doctrina. Podremos comprobar que dos son los ingredientes primordiales en la construcción de la misma: el integrismo religioso y el racismo. Verificaremos que incluso el asunto lingüístico –la conservación del euskera– tenía que ver con la preservación de las purezas étnicas. Tales elementos, íntimamente correlacionados, se vinculan con algunos otros. En efecto, en el ideario de Arana también hallaremos abundantes dosis de xenofobia, ruralismo, tradicionalismo, indigenismo, aislacionismo, reaccionarismo, antiliberalismo, antisocialismo e hispanofobia.

**Palabras clave:** Sabino Arana (1865-1903); Nacionalismo vasco; Integrismo católico; Racismo; Xenofobia; Etnicismo.

#### Abstract

This paper will present and analyze the ideological components of the doctrine of Sabino Arana, the intellectual and political father of Basque nationalism. Going directly to the sources, we will unravel the main components of his doctrine. We can see that two are the main ingredients in the construction of it: religious integrism and racism. We will verify that even the linguistic issue –the preservation of the Basque language– had to do with the preservation of ethnic purity. Such elements, closely correlated, are linked with some others. Indeed, in Arana's

ideology we will also find abundant doses of xenophobia, ruralism, traditionalism, indigenism, isolationism, reactionism, anti-liberalism, anti-socialism and anti-Spanish sentiment.

**Keywords:** Sabino Arana (1865-1903); Basque nationalism; Catholic integrism; Racism; Xenophobia; Ethnicism.

## 1. UNA SECULAR DEGENERACIÓN

Sabino Arana (1865-1903) fue el fundador del nacionalismo vasco, que en sus orígenes se denominó movimiento de los “bizkaitarras” (Pablo, Mees y Rodríguez Ranz, 1999; Granja, 2015). De hecho, el primer periódico nacionalista, fundado por él mismo en 1893, se llamó precisamente *Bizkaitarra*. Un porcentaje muy elevado de los artículos aparecidos en dicha publicación fueron escritos por el propio Sabino. En tales páginas plasmaría la quintaesencia de su ideario, cuyos elementos básicos repetiría obsesivamente y con escasas variaciones a lo largo de toda su vida (Larronde, 1977). En el primer número, compuesto por un solo artículo aparecido en español y en vascuence, se postulaba que “Bizkaya” (sic) era una nación viejísima; pero también se hablaba de un “cuerpo nacional de Euskeria” conformado por los “cuatro estados euskerianos de aquende el Bidasoa” (Arana Goiri, 1965, pp. 169). Consideraba que todos ellos habían sido reducidos a la miserable condición de provincias españolas, toda vez que tales territorios (antaño libres, según su interpretación) terminaron conquistados por esa infame nación, caracterizada por Arana como “raquíta y enclenque” (Corcuera, 1979, pp. 213-214). Sus principales escritos histórico-políticos fueron *Bizkaya por su independencia*, publicado en 1892 (Arana Goiri, 1965, pp. 107-153) y *El partido carlista y los fueros vasko-nabarro*, texto aparecido en 1897 (Arana Goiri, 1965, pp. 1067-1104), obras en las que se aprecia una ruptura parcial con la historiografía fuerista y carlista. En la última de las mencionadas obras advertirá que esas instituciones a las que todo el mundo denomina “fueros” no son un privilegio jurídico “concedido” en cierto momento por la Corona castellana o española, sino un “derecho propio” emanado de la libertad originaria y ancestral del pueblo vasco. Los fueros serían una institucionalidad indígena, por decirlo de una manera sucinta.

No fue un historiador demasiado avezado. Tampoco un filósofo político sutil y talentado, aunque algunas biografías palmariamente hagiográficas hayan pretendido ensalzar sus dotes humanas y espirituales de una manera inverosímil (Granja, 2006; Amézaga, 2003; Basaldúa, 1977). La primera biografía había sido publicada por Ceferino Jemein en 1935. Pero sí es cierto que Arana supo pergeñar habilidosamente una nueva “interpretación” de la historia del “pueblo vasco”. Quizás no tan nueva, puesto que manejó ideas que ya estaban presentes en los ideólogos fueristas y en los literatos posrománticos que le precedieron (Polo Blanco, 2022). También en Manuel de Larramendi (1690-1766), en cuya obra latían elementos pronacionalistas (Larramendi, 1983). Pero el fundador del separatismo vasco supo urdir un “relato”

(como se diría hoy) muy pregnante. Puso en juego una peculiar interpretación de los fueros, haciendo de estos el símbolo sagrado de una presunta soberanía secular que se había prolongado hasta el final de la primera guerra carlista (1839), momento en el que culminó la postración de Bizcaya. Y decimos *culminó* porque, a su juicio, la degradación de aquella prístina soberanía empezó algunos siglos atrás.

*Bizcaya por su independencia* estaba compuesta por cuatro artículos en los que pretendía dar cuenta de cuatro presuntas hazañas del pueblo vizcaíno (siempre victorioso a la hora de contener las embestidas de León y Castilla). Cuatro hitos gloriosos, entre los que no podía faltar la mítica batalla de Padura o de Arrigorriaga (presuntamente acaecida en el siglo IX). Los valerosos vizcaínos causaron tal mortandad entre sus enemigos, que la sangre tiñó abundantemente los pedregosos campos. “Arrigorriaga” significa en español algo así como “pedregal rojo”. Es verdad que semejante mitificación empezó a circular de la mano de Lope García de Salazar (1399-1476), un banderizo vizcaíno que escribió *Las Bienandanzas e Fortunas*, obra de muchos tomos en la que se mezclaban indistintamente episodios históricos, leyendas y tradiciones. Ahí empezaron a forjarse los mimbres del particularismo vasco. Pero sería el nacionalismo surgido a finales del XIX el que sabría “explotar” con mucha destreza aquella apócrifa leyenda (Juaristi, 1994). En la literatura fuerista retumbaban aquí y allá los ecos de aquella legendaria batalla (en Vicente Arana, por ejemplo). Y, como decíamos hace un momento, Sabino Arana Goiri la incluirá como una de las “cuatro gestas” del pueblo vasco. Con ello, la doctrina nacionalista encontró un eficacísimo “mito de origen” (Smith, 1986).

Pero llegó el así considerado por Arana tristísimo e ignominioso siglo XIX. Los fueros quedaron abolidos y Vizcaya pasó a convertirse en una provincia española. Semejante episodio fue interpretado como la invasión de una potencia extranjera. La antiquísima independencia se perdió por completo. Se *terminó* de perder. El proceso de decadencia llegó a su triste apoteosis. El viejo orden (añorado como se añoran los paraísos perdidos) había sido definitivamente triturado por una potencia foránea. *Bizcaya por su independencia* representa, en ese sentido, una continuación de los tópicos de la literatura fuerista. Pero le añade un sesgo diferente, puesto que todos esos hechos de armas (tergiversados o directamente fabulosos) son interpretados como otras tantas colisiones puntuales entre dos soberanías milenariamente enfrentadas: vizcaínos y españoles. Es más, tal y como podemos comprobar en “Gordexola” (otra de las “cuatro gestas” que jalonan la mencionada obra), incluso la figura del Señor de Vizcaya (tan ensalzada y querida por los fueristas) le parecerá a Sabino una *degradación* de la originaria libertad vizcaína (recuérdese que su nacionalismo fue primariamente vizcaíno). Tal señorío encarnaba ya una institucionalidad desnaturalizada y demasiado “castellanizada” (alejada de las esencias puras y originarias del pueblo vizcaíno). “Ávidos de gloria y de honores exóticos” aquellos Señores de Bizcaya se “mezclaron” (horrible pecado perpetrado contra la propia sangre) con mujeres españolas de noble estirpe. Para mayor escarnio, tomaron parte activa en la reconquista de España.

Semejantes alianzas contribuyeron a que arraigaran en tierras vizcainas tendencias “exóticas” y linajes castellanizados (Arana Goiri, 1965, p. 116). Es por ello que Sabino Arana minimizará el protagonismo de Jaun Zuria en su “Arrigorriaga”. Y es que la independencia originaria de Bizkaya era muy anterior al Señorío; era, de hecho, “tan antigua como su sangre y su idioma” (Arana Goiri, 1965, p. 115). Los antiguos vizcainos eran una vigorosa raza, y amaban más la independencia que la propia vida. La instauración de aquel infausto Señorío supuso más bien el *inicio* de la decadencia de Bizkaya, que culminó con la abolición decimonónica de los fueros. A esas alturas, la raza se hallaba tan degenerada que ni tan siquiera pudo ofrecer una resistencia seria a dicha abolición.

Pero el asunto, decía Arana, no giraba en torno a un debate entre centralismo y descentralización, como si Vizcaya fuera de suyo un área del círculo español. Bizkaya es en sí misma un círculo aparte, con su propio centro. El problema es que fue ocupada, invadida y finalmente anexionada por una potencia extranjera. En consecuencia, al “nacionalismo bizkaino” no debe llamársele propiamente “separatismo”, toda vez que con ello se le estaría concediendo demasiado al enemigo, esto es, se estaría asumiendo que Bizkaya formaba parte de España. Pero como Bizkaya no es una parte o región de la nación española, “sino una verdadera nación, sometida actualmente y a pesar suyo por España, resulta que ese nacionalismo no dicta que haya de separarse o desmembrarse una parte de su todo, sino que expresa el restablecimiento natural y justo de un todo fundido y anexionado anormal e injustamente a otro perfectamente distinto por su naturaleza” (Arana Goiri, 1965, p. 267). De lo que se trata es de restaurar una viejísima nación preexistente, mas no de “separar” una parte formal de la nación política española. Bien es verdad que en la página siguiente observa que el fuerista, para serlo de verdad, “ha de ser necesariamente separatista” (Arana Goiri, 1965, p. 268). No era un escritor demasiado puntilloso en sus construcciones discursivas, ciertamente; pero tronaba con mucha virulencia. Y es verdad que su doctrina, de una brutal elementalidad, presentaba una coherencia impecable. Pero, con todos los matices y modulaciones que se quiera, lo cierto es que su pensamiento fue siempre “independentista” (Chacón Delgado, 2015).

Bebió abundantemente, en sus lecturas juveniles, de la tradición literaria fuerista, asimilando todas las leyendas pergeñadas por aquellos escritores románticos o posrománticos (Juan Venancio Araquistain fue el escritor fuerista que más influencia ejerció sobre él). Bien es verdad que utilizará de manera selectiva y a conveniencia los elementos ideológicos del fuerismo. Esto es, de aquella literatura recogerá únicamente todo aquello que refuerce la idea de la particularidad étnico-nacional de los vascos. De igual modo, se servirá de aquella literatura histórico-legendaria para sostener que los vascos *ya* habían gozado de libertad, independencia y soberanía en el pasado. Sin embargo, ignorará o rechazará todos aquellos contenidos de la literatura fuerista que hacían alguna referencia a los sustanciosos lazos históricos que unían a los vascos con los demás pueblos o regiones de España.

Escribió dos dramas “patrióticos”. Uno de ellos (Arana Goiri, 1965, pp. 2014-2037), titulado *Libe* (1903), presentaba una historia ambientada en la batalla de Mungia (1471), episodio ostensiblemente idealizado por Arana y que figura como una de las cuatro “glorias patrias” que aparecen narradas en *Bizkaya por su independencia*. Sea como fuere, esa lectura falsaría del pasado –carente de rigor científico, pero colmada de intenciones apologéticas y propagandísticas– fue continuada y desarrollada (jamás cuestionada) por sus herederos ideológicos. Cuando, ya a mediados de los años treinta del siglo XX, los “historiadores” nacionalistas relataron las peripecias de su propio movimiento, incurrieron en tonalidades abiertamente hagiográficas (al narrar la vida y el pensamiento del fundador) y en mistificaciones ahistóricas, asumiendo sin pestañear sus doctrinas más fantasiosas. La discusión interna versará, todo lo más, acerca de si la fase más “españolista” de Arana, aquel giro posibilista emprendido en los últimos momentos de su vida, se debió a un coyuntural repliegue táctico (esto es lo más plausible) o a una sincera suavización doctrinal (Granja, 1992).

## 2. INTEGRISMO Y XENOFOBIA

El movimiento desencadenado por Sabino Arana alcanzó tempranamente una influencia considerable entre todos aquellos sectores tradicionalistas (incluidos muchos desengañados del carlismo) que mostraban abierta hostilidad a los procesos modernizadores (urbanización creciente y desarrollo industrial). Él mismo procedía de una familia carlista que sufrió las consecuencias de la derrota. La “patria soñada” se plasmaba, como veremos enseguida, en un ordenamiento político irredentamente teocrático (Pablo, 2015). Su tosco y reiterativo pensamiento se mostraba refractario a todos los ideales ilustrados y democratizadores. Era un perfecto reaccionario; una figura ferozmente antiliberal en lo político e integrista en lo religioso (evidenció siempre un gran afecto por la organización y los valores de la Compañía de Jesús). No estaba demasiado lejos de las tesis sostenidas por Félix Sardá y Salvany en un opúsculo de 1884 estruendosamente titulado *El liberalismo es pecado*. Se constata fácilmente el combustible de sacralidad que alimentaba e impulsaba su doctrina política. En ese sentido, los traidores a la patria (aquellos “malos vizcaínos” apáticamente españolizados y pérfidamente españolizantes) habrían de ser concebidos como apóstatas. No estamos diciendo que fuese una política orientada por valores religiosos. Es que se trataba de una verdadera “religión política” (Elorza, 1995, pp. 29-56).

Su pensamiento se lanzó al mismo tiempo por una pendiente crecientemente xenófoba y racista, como veremos a continuación. Antes de fundar el PNV pondrá en marcha la sociedad recreativo-cultural “Euskeldun Batzokija” (embrión del propio Partido). Quedó inaugurado del tal modo el primer *batzoki*, ubicado en la calle del Correo de Bilbao. En él se izaría por primera vez la *ikurriña* (diseñada *ad hoc* por los hermanos Arana). Corría el mes de julio de 1894. En este círculo de agitación político-cultural se consolidará el lema “Dios y Ley Vieja” (*Jaun-Goikua eta Lagi-*

*Zarra*, aunque tal fórmula ha sido escrita de otras maneras). En Bizkaya no se puede ser a la vez patriota y liberal, aseveraba Sabino con agria rotundidad, puesto que Dios es la instancia última de la que dimanaban las costumbres y la buena legislación de los vizcaínos. Pero desgraciadamente son muchos los “bizkainos” que han renegado de sus esencias patrias, dando por buenos los valores foráneos y sometiéndose sin pelear al dominio extranjero. Aparecerá en este contexto una mirada nostálgica a los heroicos tiempos del pasado, pues aquellos vizcaínos medievales sí eran capaces de dar su sangre y hasta su vida para defender la sagrada patria.

Era feliz la “familia bizkaina” (he aquí una evocación del Paraíso perdido), pues sus costumbres y las leyes de su gobierno “estaban informadas en los principios religioso-morales del catolicismo”. Pero llegó la *caída* corruptora y los “bizkainos” terminaron destruyéndose a sí mismos, aceptando las pérfidas tesis liberales que tildaban todo aquello de reliquia oscurantista (Arana Goiri, 1965, p. 364). Ahora bien, la corrupción religiosa y moral venían ocasionadas por una corrupción racial. “Vuestros usos y costumbres eran dignos de la nobleza, virtud y virilidad de vuestro pueblo: y vosotros, degenerados y corrompidos por la influencia española, o los habéis adulterado por completo, o los habéis reemplazado por los usos y costumbres de un pueblo a la vez afeminado y embrutecido. Vuestra raza, singular por sus bellas cualidades, pero más singular aún por no tener ningún punto de contacto o fraternidad ni con la raza española, ni con la francesa, que son sus vecinas, ni con raza alguna del mundo, era la que constituía a vuestra Patria Bizkaya; y vosotros, sin pizca de dignidad y sin respeto a vuestros padres, habéis mezclado vuestra sangre con la española o maketa, os habéis hermanado y confundido con la raza más vil y despreciable de Europa, y estáis procurando que esta raza envilecida sustituya a la vuestra en el territorio de vuestra Patria” (Arana Goiri, 1965, pp. 364-365). La patria *es* la raza, y si esta última se descompone (debido a una monstruosa mezcla de sangres) se descompondrá todo lo demás.

Su moralina, debemos decirlo en estos términos, alcanzó niveles superlativos. Cómo no recordar sus comentarios sobre la forma de bailar de los españoles, “indecentes hasta la fetidez”. Exhibía una mojigatería hiperbólica, y decía sentir náuseas ante la imagen de un *maketo* que bailaba “abrazado asquerosamente a la pareja” (Arana Goiri, 1965, p. 1337). Pero debemos comprender, más allá de lo chistoso que puedan resultarnos hoy tales reflexiones, que eran estas el síntoma no ya de un exacerbado rigorismo moralizante, que también, sino la expresión de una xenofobia visceral. Su aversión étnica al extranjero quedaba entrelazada con una moralidad religiosa asombrosamente cerril. Sentenciaba que los vascos lograrían conservar de una manera incontaminada la vieja fe de los antepasados si eran capaces de mantener unas costumbres decentes; pero esto último era cada vez más difícil. Y es que las costumbres se habían infestado y estaban a punto de corromperse, por la influencia miasmática de los venidos de fuera. Había que evitar a toda costa el “mortal contagio”.

Jugaba con la idea de que el pueblo vasco es especialmente amado por Dios. Es incluso un pueblo elegido por Él, toda vez que la divinidad sabe que son los vascos los que más fielmente practican sus preceptos. El ideario teocrático e integrista de Arana cristalizará en la definición de Bizkaya como una nación esencialmente católica. Si dejase de ser católica, dejaría de ser. Era el suyo un catolicismo militante e intransigente, y consideraba que de la pestífera España llegaban vientos de irreligiosidad. El pueblo español era católico de una manera fingida y fementida, a diferencia del catolicismo auténtico y profundo de los vascos. Pero debe enfatizarse que este integrismo sabiniano estaba íntimamente conectado con su irreprimible xenofobia y con su racismo. Ninguna publicación irreligiosa o liberal tendrá cabida en la biblioteca de aquella agrupación o asociación a la que nos referíamos más arriba. Es realmente interesante saber cuáles eran las directrices marcadas en el reglamento interno. Ninguna publicación “españolista” (periodística, literaria o científica) podía ser manejada por los miembros. No podían tener, bajo pena de expulsión, el menor vínculo político con fuerzas consideradas “españolas”. Pero lo realmente interesante es el asunto de la raza, que también figura en este reglamento. El ideal que daba sentido al movimiento era aquél que suspiraba por una Bizkaya conformada exclusiva o principalmente por familias de “raza euskeriana”. Pues bien, ese mismo horizonte debía regir el funcionamiento interno del *batzoki*. Para ingresar en la sociedad, bastaba con que el aspirante tuviera dos apellidos euskéricos (con apellidos no euskéricos no se podía ser socio). Si el solicitante era casado, la esposa debería reunir las mismas condiciones. Pero para ser socio y además tener derecho a voz y voto, debería contar con cuatro apellidos genuinamente euskéricos. Estamos ante una exigencia de “limpieza de sangre”, en resumidas cuentas. Debe demostrarse una idoneidad étnica, para formar parte de la comunidad. A lo cual se añadía el uso en exclusiva del euskera (Corcuera, 1979, pp. 223-232). Nos atrevemos a decir que esto último no lo cumplían de forma estricta ni los propios dirigentes.

Con estos mimbres ideológicos se lanzará Arana Goiri a la carrera política. En un principio su elaboración doctrinal se circunscribirá a la independencia de Vizcaya, pero enseguida empezará a referirse a la “confederación euskeriana”. Es más, las provincias vascas ya no serán solamente cuatro, sino siete. Aunque muestren diferencias en su historia y en sus leyes tradicionales, lo cierto es que todas ellas se hallaban hermanadas por la lengua y, sobre todo, por la raza (es la sangre lo más determinante, en la cosmovisión de Arana). En otro lugar hablará de una “Bizkaya libre” y, al mismo tiempo, de una “Euskera libre” (Arana Goiri, 1965, pp. 279-291). Más adelante se referirá a una “confederación” de “estados euskerianos”. ¿Se levantará primordialmente sobre la lengua? No. “Pero es indudable que dos lazos confederativos son necesarios para que la unión nacional sea sólida y duradera: la raza y la religión. La primera es la materia nacional; la segunda, el espíritu que la informa” (Arana Goiri, 1965, pp. 1357-1358). Ahí queda bien asentada su concepción etnicista de la nación. En cualquier caso, la identidad vizcaína siempre pesó un poquito más en su concepción que la identidad propiamente vasca, siendo

así que en cierto momento hablará de una doble patria: *Bizkaya* sería su “patria pequeña” y *Euskaria* (que más tarde pasaría a denominarse *Euzkadi*) sería su “patria común” (Corcuera, 1979, p. 225).

Aunque no pareciera tan poderosa y flamante aquella patria, verdaderamente, pues en realidad necesitaría de un empujoncito foráneo para poder emanciparse. Y es que Sabino pensó, en cierto momento, que la independencia de “Euzkadi” podría tener lugar bajo la protección de Inglaterra. Sea como fuere, el neologismo apareció por vez primera en 1897, en una obra menor titulada *Umiaren lenengo aizkidia*. Se trataba de un manual para el aprendizaje infantil del vascuence. Pero sería en marzo de 1901, con la aparición de una revista que se llamaría precisamente *Euzkadi*, cuando el nuevo término empezaría a difundirse de una manera más sistemática. Arana publicó en su primer número un artículo titulado “Euzko”, en cuyas páginas asomaba el rutilante topónimo (Arana Goiri, 1965, pp. 1783-1828). Algunas décadas después el término perdería la *z* y ganaría una *s*. Misterios filológicos.

Pero sigamos con el análisis de su ideología. Obsesionado con el asunto de los linajes, anduvo escarbando en el árbol genealógico de la que habría de ser su futura esposa; cuando halló 126 apellidos “euskéricos” (así lo cuenta en una carta) quedó más tranquilo (Elizondo, 1981, pp. 336-337). Era tremendamente importante no ensuciar la sangre vasca más de lo que ya lo estaba. Por cierto, este asunto causó malestar entre los correligionarios de Sabino, toda vez que la extracción social de la susodicha era demasiado humilde. Un hecho que no deja de producir cierta perplejidad, puesto que se trataba de una ocasión inmejorable para poner en valor las excelentes virtudes y la pureza de aquellos idealizados campesinos (aldeanos concebidos como los guardianes de las esencias “bizkainas”). La disconformidad que muchos bizkaitarras mostraron con este casamiento es una prueba palpable de que aquel ruralismo de los nacionalistas vascos, del que hablaremos después, era básicamente retórico y propagandístico.

### 3. ANTISOCIALISMO Y APOROFOBIA

Tampoco podemos olvidar su antisocialismo, otro ingrediente doctrinal que tuvo cierta importancia. Abordó la “cuestión social” desde premisas étnico-raciales. La definitiva descomposición de la arcadia tradicional vasca se estaba produciendo como resultado de una avalancha incontrolada de trabajadores inmigrantes. Esos forasteros pobres, sucios e incultos atestaban las calles de la patria, acelerando con su presencia la trágica desintegración de *Euskaria*. Fueristas, tradicionalistas y nacionalistas contemplaban con horror las consecuencias de la industrialización de su tierra (Montero, 1995). Pero no les incomodaba la brutal superexplotación laboral que padecían aquellas gentes proletarias. Lo único que causaba escándalo en sus cristianas almas era que las tradiciones euskéricas o el idioma vasco quedaran arrinconados por tan detestable “invasión”. Fueristas radicalizados y nacionalistas

propriamente dichos no observaban a su alrededor una lucha “vertical” de clases, sino una lucha “horizontal” de razas. Lo conveniente sería, si acaso, que los obreros euskerianos se asociaran entre sí, separándose en todo momento de aquellos obreros extranjeros. La dominación *maketa* es infinitamente más odiosa que la dominación burguesa. En algunos momentos Arana se desliza hacia una crítica global a la modernización industrial, localizando en ella la fuente de muchos males. Sería delicioso que Dios hiciera desaparecer el hierro de los montes de Vizcaya, sentenciará. Preferible sería una Bizcaya pobre, que viviera únicamente de sus campos y de sus ganados, pues de esa forma seríamos patriotas y felices (Arana Goiri, 1965, p. 441). En tales apreciaciones palpitaba una visión típicamente romántica, pues contemplaba con desasosiego los procesos de industrialización y modernización económica. Fue la industria (aunque los dueños de las empresas fueran vizcaínos) la que destruyó aquella comunidad vasca tradicional y castiza, pues ella fue la que metió al enemigo –los *maketos*– en casa.

El Partido Socialista era el representante político de aquellas gentes depauperadas que acudían por miles a las fábricas y minas de las provincias vascas. Comandados por Facundo Perezagua, alcanzaron una fuerza y una implantación tales que pudieron organizar tres huelgas generales bastante sonadas, entre 1890 y 1903. Los socialistas eran, a ojos de los nacionalistas, la quintaesencia de lo antivasco (como antes lo habían sido los liberales). De hecho, los liberales (a lo largo de todo el siglo XIX) y después los socialistas (en los últimos lustros del mencionado siglo) fueron considerados elementos extranjerizantes, algo así como sustancias patógenas inoculadas (desde el exterior) en el tejido de la comunidad tradicional vasca. Los viejos carlistas vascos empleaban como insulto (recargado de connotaciones xenófobas) el término *belarrimotza*, precedente o prefiguración de *maketo* (Corcuera, 1979: 57). Todo “bizkaino” ha de ser antiliberal y antiespañol, sentenció Arana. Dicho de manera sucinta: ser liberal (o ser socialista, debe añadirse) implicaba ser antivasco. Tremendo aserto. Aquellos deleznable *maketos* habían traído desorden, delincuencia y caos a las honorables calles vascas. Unos obreros que también traían consigo irreligiosidad, descristianización y deletéreas costumbres que arruinaban, por contagio ponzoñoso, la consistencia moral del pueblo vasco. Por no hablar de la creciente desnacionalización que comportaba semejante avalancha inmigratoria.

Resultan sumamente interesantes las agrias controversias político-ideológicas que mantuvieron bizkaitarras y socialistas. Estos últimos lanzaban sus ataques a través del semanario *La Lucha de Clases*. En sus páginas llegó a tildarse de “chiflados” a los nacionalistas, y asimismo pudo escribirse que el señor Arana Goiri “debe ser un loco o un perverso”. Argumentaban los socialistas que el “antimaketismo” funcionaba como una demagogia beneficiosa para los intereses de la incipiente burguesía vasca. Un análisis que, sin dejar de ser cierto hasta cierto punto, adolecía de cierto economicismo. Y es que el odio al *maketo* era el síntoma de un irracionalismo que se nutría de otras atmósferas ideológicas más intrincadas (Corcuera, 1979,

pp. 258-272). En cualquier caso, resulta muy esclarecedora la lectura de todos los argumentarios plasmados en aquellas páginas de los socialistas. Arana y los *bizkaitarras* eran acusados de promover una utopía retrógrada, pues pretendían poco menos que regresar a la Edad Media. Su ideario estaba fundamentado en un irracional e injusto odio a los trabajadores no vascongados. Aquel vasquismo no era más que un patriotismo estrecho y egoísta; un chauvinista incívico. Tomás Meabe, uno de los más combativos en este asunto, se mofaba con acritud de la obsesión por los apellidos exhibida por Arana y sus secuaces. El separatismo bizkaitarra es un completo sinsentido, argüía. Además, no existía “razón histórica” que lo justificase.

En cierto artículo de *La Lucha de Clases* se decía que “Euskeria” nunca había sido algo parecido a una nación independiente. Las provincias vascongadas, secularmente vinculadas a las otras regiones y provincias que terminarían configurando esa realidad política llamada España, jamás habían sido tratadas como un país conquistado. Es más, se decía en el mencionado artículo (titulado “El separatismo y los socialistas”, número 258, 16-IX-1899) que las susodichas provincias vascas, muy lejos de ser agraviadas, fueron dispensadas con privilegios de los que no disfrutaban las otras provincias. Añadía el autor socialista de estas reflexiones que ninguna diferencia idiosincrásica en las costumbres o en el folklore (ni tan siquiera la presencia de una lengua regional) podía justificar ese afán de diferenciación y separación. Por lo demás, aquel movimiento no era más que una convulsión reaccionaria convenientemente instrumentalizada por la burguesía (Solozábal, 1975, pp. 177-202). Lo tenían muy claro, aquellos socialistas.

Ahora bien, no debemos desdeñar los componentes socioeconómicos y las concomitancias clasistas de todo este asunto. “Los socialistas de Bilbao saben de sobra que el desdén al maqueto no es en el fondo más que el desprecio al pobre”, aseguraba Unamuno en otro lugar (1966, p. 821). Y era muy cierta tal apreciación. En efecto, si leemos algunos informes de la época –sobre las terribles condiciones de vida de aquellos trabajadores de la zona minero-fabril vizcaína– tendremos la sensación de estar leyendo pasajes escritos por Friedrich Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Aquellas pobres gentes trabajaban hasta doce horas diarias, con sueldos de miseria. Comían poco y mal en cantinas de las propias empresas. Dormían hacinados en barracones húmedos y mal ventilados. La higiene era imposible en ese lodazal de miseria humana. Se propagaban de forma indetenible enfermedades infecciosas como la tuberculosis o la viruela. Los índices de mortalidad en aquellas zonas proletarias eran muy elevados (Solozábal, 1975, pp. 54-59 y pp. 127-139). Pues bien, ante semejante espectáculo, el ínclito Sabino Arana tenía algo que decir. “Esta raza ha sido cantada por los poetas, admirada por los historiadores, ponderada por los geógrafos, ensalzada por los etnólogos, sublimada por los sociólogos y por todo hombre erudito venerada [...] Hela ahí, sometida y hollada por la hez de los pueblos europeos, despreciada por idiotas e ignorantes y vilipendiada en su misma casa por los que en su hogar han sido

admitidos, sentados a su mesa y disfrutaban más que ella de su patrimonio y del producto de su trabajo” (Arana Goiri, 1965, p. 430). Muchas son las dosis de cinismo xenófobo que se requieren para decir que aquellas pobres gentes sobreexplotadas hasta lo inconcebible eran nada más que una chusma ingrata que se sentaba a la “mesa vasca” para comerse la mejor parte.

Es cierto que a los burgueses vizcaínos les afea Sabino su mentalidad “fenicia” (esa codicia por acumular más y más riqueza). Pero el principal reproche que lanza contra ellos es el haber traído a la patria a toda esa multitud de mendigos y muertos de hambre (obreros “extranjeros” pertenecientes a una raza degenerada) con cuya proximidad la noble raza vasca se pervierte y malogra. No es de extrañar que Arana y sus correligionarios encendiesen la cólera de los socialistas. Sostenía Unamuno que en Bilbao el único parapeto “enfrente de la barbarie del exclusivismo local” era el socialismo. “Los dos polos son allí el llamado bizkaitarrismo de un lado y el Socialismo del otro. Cuanto más éste se depure y eleve, haciéndose más consciente de su ideal y ensanchándolo a la par, más menguará aquél” (Unamuno, 1966, p. 820). La clase obrera, organizada políticamente por el Partido Socialista, era el blanco de todas las iras xenófobas del nacionalismo vasco. Bizkaitarras y socialistas eran fuerzas completamente antagónicas.

Unamuno señalaba que aquello que más definía al movimiento nacionalista era, precisamente, su “antimaquetismo”. Véase un artículo publicado en septiembre de 1899 en *El Heraldo de Madrid*, que llevaba por título precisamente “El antimaquetismo”. El calificativo “maqueto” se aplicaba con intencionalidad peyorativa a todos los españoles no vascos que venían a trabajar en las minas y en las industrias locales. Intrusos y advenedizos que “invadían” el suelo patrio, desnaturalizándolo con extrañas y nocivas costumbres. Una xenofobia implacable dirigida, dice Unamuno en dicho artículo, contra “los pobres braceros que acudían de toda España a ganarse un jornal con su trabajo, enriqueciendo a los dueños de minas, vizcaínos en su mayoría” (Unamuno, 1976, p. 266). En aquellos tiempos, los trabajos más duros (las partes más bajas del escalafón laboral, por decirlo así) quedaban mayoritariamente reservados para los obreros no vascongados. Pero los bizkaitarras, exhibiendo una “profunda ignorancia del dinamismo social” (Unamuno, 1976, p. 267), se empeñaban en analizar los conflictos inherentes a una sociedad crecientemente industrial no en términos de clase sino en términos de raza.

El conflicto era principalmente étnico, según la interpretación de Arana. Lo cual quedaba demostrado si se observaba que “el partido socialista se compone, aun hoy todavía, casi exclusivamente de maketos. Apenas habrá aquí una docena de euskerianos que sean socialistas de verdad, con conocimiento de las ideas y completa convicción” (Arana Goiri, 1965, p. 1289). No podía ser de otra manera, pues resultaba inconcebible que “los verdaderos hijos de nuestra raza” se involucraran en algo con “la hez del pueblo maketo”. No empleaba un lenguaje demasiado misericordioso, ciertamente. “Lo que es extraño es que haya un solo obrero euskeriano entre los

socialistas” (Arana Goiri, 1965, p. 1289). En todo caso, si fuera cierto que algunas peticiones de la clase trabajadora eran de justicia, los obreros euskerianos deberían asociarse entre sí para llevar a término sus reclamaciones, mas nunca confabularse o aliarse con los obreros extranjeros. Es decir, toda organización sindical debía seguir a raja tabla un criterio étnico. “¿No comprenden tal vez que, si odiosa es la dominación burguesa, es más odiosa aún la dominación maketa?” (Arana Goiri, 1965, p. 1290). El conflicto vivido en Bizkaya era primordialmente racial. También lingüístico-cultural, pero sobre todo racial.

Ya en 1931 rememoraba Unamuno “aquella barbarie rústica del antimaketismo” (1979, p. 94). Es verdad que Sabino Arana –un “alma simplicísima”, según lo definiera el propio don Miguel (1979, p. 95)– no inventó el término *maketo*, pues ya venía utilizándose en ciertos ambientes fueristas. Pero lo cierto es que él lo convirtió en uno de los núcleos de su doctrina. Eran despreciables *maketos* todos los habitantes de la Península que no fueran vascos (incluidos gallegos y catalanes), ya fueran de clase trabajadora (obreros industriales y mineros) o de clase media (profesores o periodistas). Tampoco importaba demasiado si eran católicos o ateos los que así llegaban, pues lo determinante es que eran *maketos*. Y con eso estaba todo dicho. Pero no debemos ignorar otro elemento en todo ese asunto. Nos referimos a su clasismo. Su aporofobia, por decirlo con un término más actual, era palmaria. “No había más que verlos; que en el tipo repugnante se le distingue al primer golpe de vista al individuo de raza maketa [...] Esto quiere decir, notará alguno, que hay en Bizkaya pocos pobres euskerianos y muchos maketos. Cierto es que la mayor parte de los mendigos vagabundos, de los pobres que socorren las Conferencias de San Vicente y de los asilados por la caridad bizkaina, son españoles; pero no es ésta la exacta explicación de aquel fenómeno. Lo que aquello quiere decir es que a los pobres españoles, faltos de dignidad por la naturaleza de su raza, no les salen los colores al rostro cuando se ven precisados a pedir limosna; que hay entre ellos muchos que son, por esto, mendigos de profesión” (Arana Goiri, 1965, p. 438). En el número 27 de *Bizkaitarra* formuló su “sensibilidad social” de una manera espantosamente cruda. “Gran número de ellos [se refiere a los *maketos*] parece testimonio irrecusable de la teoría de Darwin, pues más que hombres semejan simios poco menos bestias que el gorila: no busquéis en sus rostros la expresión de la inteligencia humana ni de virtud alguna; su mirada sólo revela idiotismo y brutalidad” (Arana Goiri, 1965, p. 594). Encontramos racismo y darwinismo social a partes iguales, en el honorable fundador del nacionalismo vasco. El léxico empleado es inequívoco. Es el *maketo* “nuestro parásito nacional” y “nos está carcomiendo el cuerpo y aniquilando el espíritu” (Arana Goiri, 1965, p. 196). Garrapatas venenosas que nos devoran.

#### 4. HISPANOFOBIA

La hispanofobia de Arana, contumaz y destemplada, alcanzará límites grotescos. En su periódico *Bizkaitarra* vertió innumerables artículos repletos de

bilis antiespañola. La noble Bizkaya estaba siendo literalmente “invadida” por una muchedumbre degenerada. En un artículo titulado “Los invasores” (1893) afirmaba que la ponzoña maketa había infeccionado todos y cada uno los ámbitos de la vida social y espiritual (Arana Goiri, 1965, p. 197). También dejó escrito en su órgano de propaganda que, si algún español estuviera ahogándose y pidiendo socorro, debería contestársele lo siguiente: *Niz eztakit erderaz* (“no sé castellano” o “no hablo español”). Este artículo, también publicado en *Bizkaitarra* (número 29, del 30 de junio de 1895) llevaba por título “Egundokua”. Desapareció misteriosamente de sus *Obras completas*. Pero sabemos de su existencia porque apareció comentado en *La Lucha de Clases* y porque el propio Sabino habló de él (justificándose ligeramente) algunos años después (Corcuera, 1979, p. 350). Pero, para poder contextualizar ese tipo de exabruptos criminosos, debemos comprender sus coordenadas ideológicas. Su visceral antiespañolismo era defensivo. Destilar odio contra el enemigo era imprescindible, pues de lo contrario el pueblo vasco no despertaría para alzarse a defender lo suyo. Un odio que también habrá de dirigirse contra los “bizkainos” traidores que contribuyen a la corrosiva españolización de la propia tierra. “¡Cuándo llegarán los bizkainos a mirar como a enemigos a todos los que los hermanen con los que son extranjeros y enemigos naturales suyos!” (Arana Goiri, 1965, p. 509). Para el “euskeriano patriota” la nación española es una potencia extranjera, y le importa un comino su suerte. Es más, ese patriota desea que “se arruine y destruya”, pues con ello se debilitaría su capacidad para esclavizar a Euskeria (Arana Goiri, 1965, p. 1386). No deja de sorprender la ceguera que ocasiona el fanatismo ideológico. Sabino no podía entender, siquiera fuese desde una posición moderadamente pragmática, que en su tierra solo habría ruina si la ruina llegaba al resto de España.

Arana confesó alguna vez que fue carlista (su padre colaboró activamente en esa causa). Pero en cierto momento escapó del error. Él mismo lo contaba en el famoso “Discurso de Larrazábal” (1965, pp. 154-160), pronunciado en una reunión privada el 3 de junio de 1893 (se trata de una intervención anterior a todos sus escritos y acciones políticas). Realizaría una pequeña edición de 25 ejemplares. Tras la epifanía patriótica, dramáticamente narrada en el mencionado discurso, se desligó del carlismo para convertirse al *bizkaitarrismo* (porque en aquellos momentos sus pasiones se circunscribían a Vizcaya, y no a todas las provincias vascas). Una mañana de 1882 (no especifica el día exacto) conversaba con su hermano Luis en el jardín de la casa familiar, y entonces alcanzó una súbita comprensión. Las tinieblas de su mente se disiparon. Su hermano le hizo ver cuál era su verdadera patria. *Bizkaya* no es España; he ahí el axioma matriz. Recordemos, a modo de apunte, que para los hermanos Arana ni Galicia ni Cataluña eran naciones; el problema regionalista catalán no era más que una disputa entre españoles. Ninguna “solidaridad regionalista” había en su pensamiento, toda vez que gallegos y catalanes formaban parte de *Maketania*, pueril neologismo acuñado para designar a todos los territorios no “bizkainos” y no “eúskaros” de España.

Pero regresemos a la epifanía. El lema “Dios y Leyes Viejas” se apoderó de su corazón e “iluminó” su mente. Desde aquella resplandeciente mañana, juró no dejar de trabajar por la restauración de la patria vejada. Hubo de estudiar la lengua vasca, toda vez que la desconocía. Ya no cabía el doble patriotismo que habían profesado los carlistas y fueristas anteriores. El movimiento que ahora nacía tenía la clara vocación de romper completamente con España, convertida en el blanco de todos los odios. “Nosotros odiamos a España con toda nuestra alma, mientras tenga oprimida a nuestra Patria con las cadenas de esta vitanda esclavitud. No hay odio que sea proporcionado a la enorme injusticia que con nosotros ha consumado el hijo del romano. No hay odio con que puedan pagarse los innumerables daños que nos causan los largos años de su dominación” (Arana Goiri, 1965, p. 381). La decadencia de Bizkaya empezó hace siglos. Paulatinamente fue quedando “intoxicada por el virus españolista”. Como apuntábamos más arriba, semejante proceso de descomposición (léase “españolización”) había empezado ya con la instauración del propio Señorío. Desde entonces, las cosas solo fueron a peor. Aquellas élites vizcaínas fueron las primeras en traicionar y desnacionalizar a la sufrida Bizkaya.

El exacerbado integrismo religioso de Arana también ejercía su influencia en todo este asunto. La piadosa Bizkaya no podría dirigir sus pasos hacia Dios mientras estuviese sometida por los españoles. Porque, a su juicio, España solo había llevado a esas buenas tierras un nauseabundo liberalismo, mucha irreligiosidad y un abandono de las buenas tradiciones. La raza vasca se apartaría definitivamente de la moralidad y de Dios si continuaba mezclándose con los españoles. “Salvar” a la patria era, en primer lugar, salvarla desde un punto de vista escatológico. Librarla del *mal*. Era una doctrina soteriológica en el más estricto sentido del término. “Nosotros para Euzkadi, y Euskadi para Dios”. Ahora bien, tampoco su religiosidad podía desligarse del tema racial. En un trabajo titulado *El proyecto de Academia Bascongada del señor de Artiñano* (1886) señalaba que no es posible que el altísimo se hubiera olvidado de un pueblo tan piadoso. Observaba que “no es posible que Dios olvide al pueblo que, arrojando el rigor de las oleadas paganas y heréticas, ha conservado vírgenes sus sanas creencias primitivas” (Arana Goiri, 1965, p. 2300). Un pueblo que había sabido conservar contra viento y marea sus saludables creencias primitivas. Pero Dios no hará milagros mientras el *euskaldún* permanezca de brazos cruzados. Sólo podrán contribuir a la salvación de la patria quienes la amen de verdad. Y para amarla hay que conocer la esplendorosa independencia que disfrutó en tiempos pasados. Saber lo que fuimos, para ser conscientes de lo que nos han arrebatado. Convencerse de que la pérdida del idioma milenario es “causa de inmoralidad, ignorancia y extravío de las ideas”. Y algo más. El abandono del vascuence es síntoma inequívoco de que la raza también se está perdiendo. Mézclanse las sangres, motivo por el cual las ideas y los sentimientos quedan amalgamados de forma aberrante. La vieja nobleza de una estirpe ancestral va desintegrándose, día tras día.

## 5. RURALISMO, INDIGENISMO, AISLACIONISMO Y PUREZA ÉTNICA

Con todo lo anterior engarzaba el ideal ruralista. Los núcleos urbanos y las villas más pobladas estaban demasiado “castellanizadas”, se argüía. En el imaginario de Arana, como bien señaló Solozábal (1975, p. 61), la industrialización aparecía contemplada como “gran agente desvasquizador”. No ya solo porque en el mundo rural se conservaban de una forma más intacta las esencias culturales y lingüísticas (como podrían haber sostenido los viejos fueristas), sino ante todo porque en el campo y en el monte se conservaban mejor las esencias étnicas. Los campesinos conservan de una forma incontaminada las viejas costumbres vascas. Pero lo decisivo es que ellos son, ante todo, los verdaderos hijos de nuestra patria. Es el aldeano el “verdadero bizkaino”, y es que en la degenerada urbe (Bilbao) siempre anidaron y pulularon “malos bizkainos” (Arana Goiri, 1965, p. 1281). Extraña retórica para un movimiento que surgió en la ciudad. Llegará a sostener, con su habitual e hiperbólica destemplanza, que es Bilbao “terrible enemiga de su Patria Bizkaya” (Arana Goiri, 1965, p. 1281). Aparecía ante sus ojos como una villa corrompida hasta la náusea, desvasquizada (léase “modernizada”) en todos los ámbitos. Tal situación se debía no solamente a causas de tipo sociocultural, como pudiera ser la pérdida de las viejas costumbres y los viejos valores. Tampoco se reducía al hecho de que, en la época de Sabino, el euskera se escuchase más bien poco en las calles bilbaínas. Estos factores eran importantes, desde luego. Pero era una cuestión que tenía que ver, más primordialmente, con la limpieza de sangre. Lo verdaderamente grave era el progresivo ensuciamiento de la sangre vasca. Los ejemplares puros empezaban a escasear. “Trepad, si no, estas montañas y llegad a uno de esos apartados caseríos, morada de los últimos ejemplares de esta singular raza prehistórica” (Arana Goiri, 1965, pp. 84-85). Es un discurso típicamente indigenista, obsesionado por la preservación de las esencias étnicas.

Una idea clave manejada por Arana (historiográficamente insostenible) es la de que Bizkaya siempre fue de hecho una nación independiente. Los vizcaínos disfrutaron de unas libertades propias (esto es, de una “soberanía”) desde tiempos muy antiguos. Su desarrollo como pueblo (y como raza) nada tuvo que ver con el desarrollo de los otros pueblos y razas peninsulares. El ideal sabiniano se articula como un particularismo extremo; promueve el aislamiento y el ensimismamiento. En un artículo titulado “Extranjerización” (1899) aseveraba lo siguiente: “Es, por lo tanto, evidente de toda evidencia que la salvación de la sociedad vasca, su regeneración actual y su esperanza en lo porvenir, se cifran en el aislamiento más absoluto, en la abstracción de todo elemento extraño, en la exclusión racional y práctica de todo cuanto no lleve impreso con caracteres fijos e indelebles el sello de su procedencia netamente vasca, desechando inexorablemente todo lo exótico, todo lo inmoral, todo lo dañino” (Arana Goiri, 1965, p. 1761). La raza vasca debía poner en marcha un *apartheid*, si es que anhelaba “salvarse” de veras. La segregación

racial era impostergable. Aseveraba que los “bizkainos” no eran españoles “ni por la raza, ni por el idioma, ni por las leyes, ni por la historia” (Arana Goiri, 1965, p. 181).

Pero debemos reparar en el desbocado etnocentrismo de Arana, en su exacerbado narcisismo racial. “A nuestra raza no se le ha encontrado todavía ni madre ni hermanas entre todas las razas del mundo, ni aún se sabe si vino por el Norte, el Sur, el Oriente o el Occidente a este rincón de la tierra [...]; pero nadie ha obtenido notas de afinidad suficientes para atreverse a asentar la fraternidad de nuestra raza con alguna de las comparadas con ella. Todas las demás razas se han clasificado en grupos primitivos, ramas originadas y ulteriores derivaciones; la nuestra permanece siendo una selva virgen para la investigación científica, una verdadera isla en medio de la humanidad [...] La raza española es, en cambio, un producto latino-gótico-arábigo con tenues toques de fenicio, griego y cartaginés, que no conserva ni rastro de la raza primitiva de la península, que fue la nuestra” (Arana Goiri, 1965, p. 182). La raza vasca (la más primitiva de la Península) es una realidad singularísima, una reliquia antiquísima e inclasificable. Algo único. La raza española es, por el contrario, un infame batiburrillo de múltiples sangres. Sin embargo, tan exaltada etnolatría desembocará en la impotencia más desesperada. “¡Cuántos sabios han dicho que nuestra raza es la más antigua de Europa y aun del mundo entero! ¡Cuántos han admirado esta preciosa reliquia de las edades primeras de la humanidad! Pero, ¡ninguno se ha compadecido de su desgracia! ¡Nadie ha reclamado para ella lo que en justicia se le debe: la independencia!” (Arana Goiri, 1965, p. 1380). El derecho a la secesión quedaba asentado en esa convicción, esto es, en la “evidencia” (permítasenos emplear comillas irónicas) de ser la raza más antigua no ya de la Península Ibérica, sino de Europa y aun del mundo.

En otro texto posterior, titulado “Efectos de la invasión” (1897), afirmaría que el simple “roce” de nuestro pueblo con el español causaba extravío de la inteligencia y corrupción del corazón. Este documento es un buen motón de muestra del pensamiento sabiniano, por lo que recomendamos vivamente su lectura completa. Una vez más, remarcará que las nefastas consecuencias de dicha convivencia son *primordialmente* raciales. “Nada importa, pues, la extinción de nuestra lengua; nada, el olvido de nuestra historia; nada, la pérdida de nuestras propias y santas instituciones y la imposición de las extrañas y liberales; nada, esta misma esclavitud política de nuestra Patria; nada, absolutamente nada, importa todo eso, en sí considerado, al lado del roce de nuestro pueblo con el español, que causa inmediata y necesariamente en nuestra raza ignorancia y extravío de inteligencia, debilidad y corrupción de corazón, apartamiento total, en una palabra, del fin de toda humana sociedad” (Arana Goiri, 1965, p. 1328). España es una nación que está irremediabilmente corrompida. Su degeneración moral ni es reciente ni es coyuntural. No depende de la circunstancia provisional de que tengan un gobierno demasiado liberal. No. Su podredumbre es congénita. La sociedad euskeriana estaba quedando contaminada por la tóxica cercanía de esos elementos patógenos llamados “españoles”. La raza vasca estaba en peligro de irrevocable decadencia, si permitía que los *maketos* siguieran infiltrándose

en su sacrosanto territorio. La mera convivencia (por no hablar de la mezcla) con un pueblo tan degenerado estaba ocasionando un debilitamiento étnico y una degradación moral en la comunidad vasca. Los miembros de la familia euskeriana sucumbirán –extravío de la inteligencia y corrupción del corazón– si es que siguen tratando por demasiado tiempo con los perniciosos españoles. Si la “invasión” prosigue su curso, la raza vasca no podrá salvarse.

Pero ese racismo queda inextricablemente unido a su integrismo, como ya habíamos comentado más arriba. Ensuciar la propia sangre conlleva un alejamiento de Dios. Conservarla pura es el camino para acercarnos a Él. “La sociedad euskeriana, hermanada y confundida con el pueblo español, que malea las inteligencias y los corazones de sus hijos y mata sus almas, está, pues, apartada de su fin, está perdiendo a sus hijos, está pecando contra Dios” (Arana Goiri, 1965, p. 1331). Mezclarse con la raza invasora es un delito contra la propia sangre, y es además un pecado contra el Altísimo. “Y entendedlo bien: si en las montañas de Euskeria, antes morada de la libertad, hoy despojo del extranjero, ha resonado al fin en estos tiempos de esclavitud el grito de independencia, SÓLO POR DIOS HA RESONADO” (Arana Goiri, 1965, p. 1333). Las mayúsculas están en el texto original, son del propio Sabino. De nada servirá la defensa de un catolicismo acérrimo y militante si tal actitud no viene acompañada de una toma de posición con respecto a la pureza de la raza. La rectitud moral y la religiosidad castiza únicamente podrán conservarse si no se atenta contra la propia sangre. He aquí la piedra angular de todo el edificio sabiniano: un elemental y contumaz “racial-integrismo” (Solozábal, 1975, pp. 325-370). Es cierto que este asunto de la “raza vasca”, imbricado de forma inextricable con el integrismo católico, lo encontramos enunciado en ciertos apologistas vascongados precedentes (Aranzadi, 2001). Pero en Arana se presentará con una intensidad casi histórica, y argüirá que una comunidad verdaderamente vasca habrá de estar compuesta por hermanos de sangre (pureza étnica) y por católicos intransigentes.

Sostenía que los euskerianos solo podían “aborrecer” a esa España que había pisoteado sus antiguas leyes y “profanado” su suelo patrio (atención al lenguaje religioso, que en Arana nunca es retórico o metafórico). Una profanación que atentaba contra la lengua y contra la raza. “Los euskerianos nacionalistas aborrecen a España, porque ha pisoteado sus leyes patrias, profanado y demolido su templo y uncido a su Patria al yugo de la esclavitud más infame, y está corrompiéndole la sangre, que es la raza, y va a arrancarle la lengua, que es el euskera, y acabará por estrujarle el corazón del sentimiento nacional” (Arana Goiri, 1965, p. 208). ¿Cómo no iban a odiar aquellos nobles euskerianos a esos que venían de fuera a “corromper su sangre”? Debía implantarse en los patriotas una pedagogía del odio y una querencia por la violencia defensiva. De hecho, puntualizará que “andamos muy cortos los bizkainos patriotas de hoy, comparados con aquellos de otros siglos que en su idioma llamaban *extranjeros* a los españoles y los recibían a flechazos y a tiros” (Arana Goiri, 1965, p. 510). Más tarde, en el siglo XX, algunos pistoleros le tomarían la palabra.

Arana suspiraba por una *Bizkaya* y una *Euskeria* étnicamente homogéneas, y en aras de dicha homogeneidad debían trabajar los patriotas. “Agrupémonos todos bajo una misma bandera, fundemos sociedades puramente vascongadas, escribamos periódicos vascongados, creemos teatros vascongados, escuelas vascongadas y hasta instituciones benéficas vascongadas. Que todo cuanto vean nuestros ojos, oigan nuestros oídos, hable nuestra boca, escriban nuestras manos, piensen nuestras inteligencias y sientan nuestros corazones sea vascongado. A un concepto antivascongado contestemos con cien vascongados y alcemos nuestra voz con objeto de ahogar la que pregone el enemigo concepto. Hagamos por despejar la atmósfera insana, que ahora respiramos y saturarla después de vascongadismo para que nuestros hijos al venir al mundo respiren ambiente vascongado y nosotros, al abandonarlo, nos llevemos, en nuestro postrero aliento, la fragancia de ese puro ambiente, que será el beso maternal con que nos despida Euskeria agradecida” (Arana Goiri, 1965, p. 1674). Se trataba de “limpiar” la patria de todos aquellos elementos no-vascos que, ponzoñosos y deletéreos, la desnaturalizaban.

Resultaba más que perentorio que los vascos conserven y fomenten el uso de su idioma (atención a este “su”, porque consideraba Arana que los vascos solo tienen una lengua “natural” y “propia”). Pero tal cosa debe hacerse no solamente por conservar un elemento sagrado heredado de los ancestros, pues con ello se obtiene otro beneficio más pragmático, a saber, *aislarse* de los efectos perniciosos que provoca la mera proximidad del *maketo*. No es solamente la típica veneración romántica por la “lengua propia”, que también. Es, primordialmente, una trincheras de ensimismamiento étnico. En una obra de teatro inédita, que llevaba por expresivo título *De fuera vendrá...* (1898), plasmó Arana su visión de las cosas. La joven protagonista de la obra tiene por pretendiente a un español, y el hermano de la susodicha está fuera de sí. “Mas, ¿será posible que un español entre en mi familia?”. Un verdadero patriota no puede permitir que en su familia entre sangre *maketa*. Tal cosa sería una deshonra absoluta, una mácula imperdonable, la mayor de las aberraciones (Arana Goiri, 1982). Todo ello queda enmarcado en una visión agónica y casi apocalíptica, pues se contempla con horror e impotencia la degeneración de los valores y la desintegración de la raza. No hablar el español para preservar la probidad del carácter. Porque “allí donde se pierde el uso del euskera se gana en inmoralidad”. Las costumbres inmorales, irreligiosas y blasfemas del *maketo* penetran lingüísticamente en el corazón noble de los vascos. En tal coyuntura, el idioma pudiera ejercer de barrera de contención.

Hablar vascuence equivale a atrincherarse en un bastión desde el cual enfrentar las oleadas de corrupción que traen consigo los españoles. Y es que, sigue diciendo Arana, “todo el mundo lo sabe, que allí donde se pierde en el uso del euskera, se gana en inmoralidad; y que la blasfemia, el carácter irreligioso y las costumbres inmorales y criminales del invasor maketo se hacen campo en Bizkaya en razón directa de las conquistas que realiza el idioma castellano” (1965, p. 408). El pueblo euskeriano se arrastrará por una senda de cochambrosa desmoralización, si no logra detener la mórbida invasión. El nacionalismo etnicista de Arana nunca fue imperialista. Jamás

pretendió “vasquizar” a los demás habitantes de la Península (a diferencia de Prat de la Riba, que sí soñó con “catalanizar” a los otros españoles). Su proyecto era aislacionista y centrípeto. Preservar las costumbres tradicionales y conservar el vascuence. Y, por encima de todo, mantener la pureza racial de los vascos. Pero no mostraba ningún interés por expandir el “espíritu vasco” más allá de las “fronteras naturales” de “Euzkadi”. Se trataba más bien de cerrar la patria a las nocivas influencias exteriores.

Tan es así, que Arana marcó distancias incluso con la letra del famoso himno fuerista *Gernikako Arbola* (“El Árbol de Guernica”), que había sido compuesto José María Iparraguirre, al que llamaban el “bardo vasco”, cincuenta años atrás. La letra no debiera decir que el sagrado Árbol dé y propague sus frutos “por el mundo”, sino más bien que dé y propague sus frutos “en nuestra tierra”. El himno adecuado debería ser una apología del ensimismamiento y del aislacionismo. El deber más sagrado que se nos ha encomendado, decía Sabino, era cultivar nuestra “personalidad étnica”. En sus escritos hallamos ingentes cantidades de furor, rabia y agresividad. Pero en ocasiones se deslizan pasajes melancólicos. “La raza vasca, si así continúa, se va. Desaparecerá en el piélago de las otras razas, como el arroyo en la mar” (Arana Goiri, 1965, p. 1997). Elegías de un racista. Unamuno, siempre tan punzante, se refirió en cierto artículo a “todas las doctrinas inhumanas, antiprogresivas y bárbaras que preconizan el aislamiento, la estúpida, absurda y dañina pureza de raza” (1976, p. 217). Sin duda, estaba pensando en Arana y en los bizkaitarras.

Pensaba que vascos y españoles son realidades absolutamente incompatibles. Dos pueblos que pelean desde hace siglos. Dos naciones inmiscibles. Dos razas opuestas. Dirá con la mayor de las contundencias que “bizkainos” y españoles son distintos “por naturaleza”. La fisonomía del vizcaíno es “inteligente y noble”; la del español, inexpressiva y adusta. El vizcaíno es de andar “apuesto y varonil”, mientras que el del español es “femenil” (Arana Goiri, 1965, p. 627). El vizcaíno es inteligente y diestro para toda clase de trabajos, mientras que el español es básicamente estúpido y carece de maña para los trabajos más sencillos. Unos son laboriosos, mientras que otros son perezosos y vagos. “El aseo del bizkaino es proverbial (recordad que, cuando en la última guerra andaban hasta por Nabarra, ninguna semana les faltaba la muda interior completa que sus madres o hermanas les llevaban recorriendo a pie la distancia); el español apenas se lava una vez en su vida y se muda una vez al año” (Arana Goiri, 1965, p. 628). Los “invasores” son criaturas apestosas y soeces. “Oídle hablar a un bizkaino, y escucharéis la más eufónica, moral y culta de las lenguas; oídle a un español, y si sólo le oís rebuznar, podéis estar satisfechos, pues el asno no profiere voces indecentes ni blasfemias” (628). El español es sucio y malhablado, pero sobre todo rabiosamente inmoral.

El “bizkaino” es amante de su familia y de su hogar, dice Sabino. Y sabido es que “el adulterio es muy raro en familias no inficionadas de la influencia maketa, esto es, en las familias genuinamente bizkainas”. Por el contrario, entre los españoles el adulterio es muy frecuente “así en las clases elevadas como en las humildes”.

Pero faltaba el remate. El español, navajero y pendenciero, tiende por su naturaleza intrínsecamente corrupta a la mendicidad y a la delincuencia. “Por último, según la estadística, el noventa y cinco por ciento de los crímenes que se perpetran en Bizkaya se deben a mano española” (Arana Goiri, 1965, p. 628). Y de los otros cinco, cuatro han ido cometidos por “bizkainos españolizados”. Sabino construye dicotomías etnográficas abiertamente supremacistas. En cualquier caso, no debe creerse que este preclaro antropólogo era una figura aislada y disonante. No. Tales nociones, que exhibían un maniqueísmo etnicista tan simplón e insultante, fueron bien acogidas en amplios círculos de la sociedad vizcaína. Esas ideas “flotaban” en el ambiente social desde hacía tiempo.

## 6. LA PUREZA RACIAL, POR ENCIMA DE TODO

Ni por la raza, ni por la lengua, ni por las costumbres, ni por las leyes tienen los vizcaínos algo de español. Ni una sola gota. La diferencia entre unos y otros es todo lo esencial y sustancial que uno pueda imaginar (en otros momentos, sin embargo, arguye con tono plañidero que la raza vasca está desde hace mucho tiempo demasiado españolizada). En cualquier caso, ambas naciones solo permanecen unidas por un lazo artificioso y forzado. La nacionalidad viene definida por la raza. Existen otros elementos en la configuración de lo nacional, indudablemente. Pero Arana siempre entendió que el componente racial ejerce de substrato inmovible de la realidad nacional. En ocasiones, su exaltación étnica alcanza un paroxismo narcisista, como cuando habla de una raza “originalísima” (la vizcaína y, en general, la *euskara*) que se encuentra “aislada en el universo de tal manera que no se encuentran datos para clasificarla entre las demás razas de la Tierra” (Arana Goiri, 1965, p. 607). Una cosa portentosa. Por lo tanto, de “Euskeria” nada quedará si se pierde definitivamente la consistencia étnica. Podríamos imaginar un pueblo racialmente degradado que, no obstante, mantuviera vivo el idioma vascuence y conservara asimismo un buen acerbo de tradiciones euskaras. Pues bien, a ojos de Sabino tal pueblo no sería ya “Euskeria” (esa comunidad racial a la que después llamaría “Euzkadi”). No, porque al desaparecer la raza se derrumba todo lo demás. El factor racial pesa muchísimo más que el factor lingüístico y el factor cultural. Ahora bien, ya hemos visto que para él la lengua también era un aspecto importante. Con ella sucede lo mismo que con la raza. El euskera es un idioma igualmente inclasificable, que nada tiene en común con las otras lenguas conocidas. Ya existía, tan desarrollado como en el presente, antes de formarse el latín y aun antes de aparecer el sánscrito. Una lengua prodigiosa que, al igual que la raza, era originalísima y pura. En ese sentido, resultará perentoria una *euskaldunización* a gran escala del solar patrio.

Las caracterizaciones “etnográficas” de Arana son groseramente racistas. Veamos un pasaje, que no es más que un botón de muestra de los muchos que podríamos traer a colación. “El bizkaino es nervudo y ágil; el español es flojo y torpe. El bizkaino es inteligente y hábil para toda clase de trabajos; el español es

corto de inteligencia y carece de maña para los trabajos más sencillos. Preguntádselo a cualquier contratista de obras, y sabréis que un bizkaino hace en igual tiempo tanto como tres maketos juntos. El bizkaino es laborioso (ved labradas sus montañas hasta la cumbre); el español, perezoso y vago (contemplad sus inmensas llanuras desprovistas en absoluto de vegetación) [...] El bizkaino no vale para servir, ha nacido para ser señor (*etxejaun*); el español no ha nacido más que para ser vasallo y siervo [...] El bizkaino degenera en carácter si roza con el extraño; el español necesita de cuando en cuando una invasión extranjera que le civilice” (Arana Goiri, 1965, p. 627). El blasfemo pueblo español es la “hez” de los pueblos europeos, un elemento contaminador en lo racial y en lo religioso. Debe mencionarse que Arana jamás citó a Gobineau ni a ninguno de los teóricos racistas europeos. En la propia tradición vasca encontró suficientes elementos para elaborar una doctrina poco sofisticada a nivel conceptual, pero eficaz a nivel retórico. Por lo demás, que la “raza vasca” existía y representaba un compendio de todas las virtudes (y ello a pesar de la “degeneración” a la que se hallaba sometida desde hacía tiempo) era para él una verdad axiomática, inconcusa y autoevidente, esto es, una verdad tan indiscutible y palmaria que no precisaba de más aclaraciones o demostraciones.

Los inmigrantes *maketos* traen consigo todos los males sociales y morales imaginables: impiedad, incredulidad, socialismo, anarquismo y otro tipo de crímenes. La solución ante semejante calamidad no podía ser otra que la separación de ambos pueblos. Era de todo punto imposible que los vizcaínos (quintaesencia de todas las virtudes) pudieran siquiera coexistir con los españoles (condensación de todos los vicios). Condenará sin paliativos el mestizaje. La segregación racial era más que necesaria. Mientras Vizcaya no fuese independiente, los españoles habrían de vivir en comunidades separadas. “Es preciso aislarnos de los maketos en todos los órdenes de la vida [...] Que pueda decirse, en estos tiempos de esclavitud, que hay en Bizcaya una numerosísima colonia española, pero nunca que estamos confundidos con los maketos” (Arana Goiri, 1965, p. 448). Engracio de Aranzadi, alias “Kizkitza” (1873-1937), fue uno de los primeros nacionalistas vascos de Gipuzkoa y uno de los impulsores más destacados del movimiento tras la muerte de Sabino Arana (y primer director del diario *Euzkadi*). Pues bien, también él sucumbió a los encantos del supremacismo racial y se erigió, emulando a su maestro, en ardiente defensor de las tesis del segregacionismo racial. Debía evitarse a toda costa la contaminación de la sangre vasca. Que una mujer vasca contrajera matrimonio con un *maketo* era la mayor de las aberraciones (Corcuera, 1979, pp. 386-388). La Universidad del País Vasco reeditó en 2015 su principal obra (Aranzadi, 2015), que fue el aporte doctrinal más relevante del nacionalismo vasco hasta la llegada de la segunda República.

Arturo Campión, en una conferencia leída en Bilbao sobre la “personalidad euskara” (en abril de 1901) clamaba contra esos inmigrantes (“advenedizos” y “nómadas”) cuya sola presencia en el suelo patrio significaba un atentado contra “la pureza de nuestra raza” y contra “la integridad de nuestra fisonomía castiza”. Esas oleadas extranjerizantes no eran más que un conglomerado ponzoñoso de

“detritus étnico”; una masa híbrida y “bastardeada” de “latinos decadentes” y “moros corrompidos”. Pero, además de su impureza racial, sentenciaba Campi3n, esa escoria pretendía “envenenarnos las almas” con “groseros ideales” propios de “envidiosos esclavos”. Se refería a las ideas socialistas. Y es que entre el “genio euskaro” y el socialismo mediaba una “repulsi3n absoluta e irreductible”. Todos los entrecomillados de este edificante párrafo son palabras textuales de aquel viejo fuerista que se hizo nacionalista (Campi3n, 1976, p. 139).

Es muy llamativo que Sabino Arana comentara en cierta ocasi3n que Pi y Margall era uno de los escasísimos personajes de la política española a los que se podía tildar de “honrado” (1965, p. 1763). ¿Por qué diría una cosa así, este odiador de todo lo español? Tal vez hallemos una pista en cierto pasaje de *Las nacionalidades* (1877), que solo podría hacer las delicias de Arana y sus seguidores. Hablando de los vascos, Pi reflexionaba de la siguiente manera: “No siguen el movimiento político del resto de la naci3n; est3n por el antiguo r3gimen [...] Es indudablemente resultado natural de la diversidad de razas ese antagonismo que entre ellos y nosotros existe. A poco que se combine aqu3 los distintos criterios para la teor3a de las nacionalidades, tengo para m3 que se habrá de estar por la independencia de los vascos. ¿La consentir3a Espa3a?” (1967, p. 82). Tremendas palabras. El particularismo vasco y el proyecto separatista aparecen justificados con criterios etnicistas. Es m3s, advierte que el “antagonismo” entre “ellos y nosotros” tiene que ver con la “diversidad de razas”. ¿Estar3a Pi hablando de algo parecido a una “lucha de razas”? Es evidente que semejante reflexi3n estaba en perfecta sinton3a con las ideas racistas del fundador del PNV.

La “invasi3n” española pon3a en peligro no solo la pureza racial y la religiosidad profunda de los vascos. La supervivencia del euskera tambi3n quedaba en entredicho (poco le importaba a Sabino que aquellos trabajadores castellanohablantes se instalaran principalmente en zonas en las que el vascuence hab3a dejado de hablarse hacia bastante tiempo). Era grav3simo que los vascos hubieran naturalizado lo que era de suyo aberrante y antinatural, a saber, el empleo de una lengua que no era la “suya”. Propugn3 el uso de un euskera libre de toda influencia española (no titube3 a la hora de inventar neologismos, como ya hemos podido comprobar). Ahora bien, en Sabino Arana el elemento lingüístico estaba subordinado al elemento racial y religioso. Esta cuesti3n es decisiva en su visi3n de las cosas. El empleo del euskera era valioso, pero lo era sobre todo *porque* su uso ayudaba a preservar la religiosidad tradicional de los vascos y a conservar una tipolog3a racial m3s pura. Y esto no es hermenéutica retorcida. Es el propio Arana el que, de una forma nítida y descarnada, habla de “la pureza de la raza”. Tal es exactamente el título de un artículo aparecido en *Bizcaitarra* el 31 de marzo de 1895 (Arana Goiri, 1965, pp. 545-551). El empleo del idioma vasco podr3a ser muy útil a la hora de generar una barrera infranqueable entre las dos razas. Esa era precisamente su m3s valiosa funci3n. El objetivo prioritario era evitar el cruzamiento racial, y el euskera podr3a funcionar como una eficaz profilaxis anti-mestizaje. Por lo dem3s, el pueblo vasco podr3a sobrevivir sin su idioma

ancestral, pero no lo haría si perdía su consistencia étnica. El “programa” de Arana contemplaba que la “ciudadanía bizkaina” pertenecería únicamente a las “familias originarias de Bizkaya” (y en general a los miembros de la “raza euskeriana”, por efecto de la confederación vasca). Los no pertenecientes a este grupo habrían de ser preferentemente expulsados (sobre todo si tales extranjeros fueran españoles).

La raza es más importante que la lengua. Muchísimo más, de hecho. En un artículo titulado “Errores catalanistas” (1894) sostenía sin ambages que si le dieran a elegir entre una Vizcaya repleta de *maketos* que sólo hablasen el euskera o una Vizcaya poblada únicamente por gentes de etnia vizcaína que sólo hablasen castellano, escogería sin titubear el segundo escenario. Antes perder la lengua que renunciar a la raza (Arana Goiri, 1965, p. 404). En eso se diferenciaba de los catalanistas, que reivindicaban lo suyo únicamente sobre la base de criterios lingüísticos (Arana se equivocaba en esto). Si Sabino (que había sido estudiante en Barcelona) hubiera leído a ciertos ideólogos catalanistas, quizá se hubiera quedado un tanto sorprendido con las abundantes dosis de racialismo allí presentes (Caja, 2009). Sea como fuere, en el número 8 de *Baserritarra* redundaría en lo mismo. “Muchos son los euskerianos que no saben euskera. Malo es esto. Son varios los maketos que lo saben. Esto es peor [...] Gran daño hacen a la Patria cien maketos que no saben euskera. Mayor es el que le hace un solo maketo que lo sepa [...] Para el corazón de la Patria, cada euskeriano que no sabe euskera es una espina; dos espinas, cada euskeriano que lo sabe y no es patriota; tres espinas, cada español que habla el euskera” (Arana Goiri, 1965, p. 1308). La sangre es más decisiva que el verbo. La raza es infinitamente más determinante que la lengua.

Arana quería tener como vecinos solo a vizcaínos racialmente puros (así sea que hablasen el español). Mejor eso que convivir con despreciables *maketos*, así fuera que estos hablasen fluidamente el euskera. Y es que el *maketo* siempre será de otra raza, por mucho vascuence que pueda hablar. La diferencia entre unos y otros es esencial e insalvable. Ni siquiera la lengua podría mitigar ese abismo. El racialismo se impone de forma apabullante en la ideología etnocrática de Arana. En cierto momento, dicho sea de paso, afirmará que “la raza germana nos es a los bizkainos mucho más simpática que la española” (Arana Goiri, 1965, p. 536). Sabino no vivió lo suficiente para ver las ruinas humeantes de Guernica. Pero todo este asunto de la pureza racial tendría un largo recorrido en la intelectualidad orgánica del nacionalismo vasco. Tenemos el ejemplo de José de Arriandiaga (apodado “Joala”), un defensor de la ortodoxia sabiniana que esgrimió tesis racistas con toda su crudeza biológica. Véase su *Respuesta a un españolista*, aparecida en 1904. Este “Joala” sostenía que deberían existir tantas fronteras políticas como razas hubiera en el mundo. Esto es, a cada raza su Estado. Tendría que permitírsele a cada una de las razas existentes disponer de sus propias leyes e instituciones. Pero desafortunadamente no existía esa perfecta sincronía étnico-política, siendo así que una misma raza podía vivir dispersada en diferentes Estados (aberración) o un Estado podía albergar en su seno diversas razas (otra aberración). La raza vasca era una de las así maltratadas y desahuciadas. “Joala”

también lanzó críticas antisocialistas, pues consideraba que el antagonismo racial es absolutamente preponderante con respecto a cualquier otro. Los conflictos humanos son primordialmente étnicos (Elorza, 1978, pp. 332-338).

Eso no significa que Arana no le concediera importancia al asunto lingüístico. En un artículo titulado “Vicios usuales del euskera bizkaino” (1899) alertaba contra la degeneración padecida por la lengua de nuestros padres (1965, pp. 1712-1714). Siendo el idioma un elemento crucial de la nacionalidad y un “sello de nuestra raza”, debía ser protegido de los extranjerismos que arruinaban su pureza prístina. La influencia del español había sido nefasta, en ese sentido. Resultaba perentorio acometer una purificación de la lengua, limpiarla de todas aquellas adherencias postizas que la desnaturalizaban. Pero, en la doctrina sabiniana, la pureza lingüística se hallaba inextricablemente unida a la pureza racial. Preservar una era preservar la otra. Desde tales premisas, emprendió la tarea de purificación léxica y unificación gramatical (para esto último cambió varias veces de criterio). Resultado de todo ello fueron sus *Lecciones de ortografía del euskera bizkaíno* (1896). Lo hizo sin demasiada pericia científico-filológica. Unamuno señalaría, en un artículo titulado “Puerilidades nacionalistas” (1933), que aquel vascuence pergeñado por los nacionalistas no era más que un “esperanto de laboratorio” (1979, p. 267).

Arana sostenía que debían ser eliminadas todas las voces exóticas y mestizadas. Se lanzó igualmente a la creación de neologismos, partiendo de raíces propias del euskera. Lo irónico de todo este asunto es que jamás tuvo otra lengua de cultura que el español castizo, perfeccionado en el colegio de los jesuitas de Orduña. “Sabino nunca pudo escapar de esta pauta esquizoide que le impulsaba a echar pestes del castellano en un esmeradísimo castellano” (Juaristi, 1997, p. 198). Apenas llegó a balbucear el vascuence. Sin embargo, de esa circunstancia también era culpable la extranjerización impuesta, que arrinconó al euskera hasta convertirlo en un dialecto disminuido que únicamente servía para las faenas del campo, las labores de la pesca y la vida cotidiana en el interior de los caseríos. Una lengua (léase “una raza”) que durante mucho tiempo había sido pura y sublime, veíase ahora denigrada a resultas de una invasión funesta. Este hiperbólico victimismo operó como condimento esencial en la genealogía y en el desarrollo del nacionalismo vasco.

## 7. A MODO DE CONCLUSIÓN

El racismo y el integrismo católico son los componentes fundamentales del pensamiento de Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco. Es cierto que, junto a ellos, aparecen otros elementos doctrinales no menos importantes, tales como el aislacionismo, el ruralismo, la hispanofobia, el antiliberalismo, el tradicionalismo o el antisocialismo. Sin embargo, todos ellos se articulan en torno a un eje medular: la conservación de la pureza racial. Incluso la conservación del euskera tenía que ver con la preservación de las purezas étnicas.

El edificio doctrinal de Sabino Arana, racista e integrista, perdurará durante décadas en el Partido Nacionalista Vasco, a pesar de su lento caminar hacia eso que dio en llamarse “democracia cristiana”. Y nunca desaparecerá del todo. Unas esencias doctrinales que también formarían parte de la ideología de ETA, por muy marxistas que se autoconcebieran algunos de sus miembros y a pesar de que hicieran circular aquello del “Pueblo Trabajador Vasco” (Almeida Díez, 2022; Sullivan, 1988). No el integrismo católico, ciertamente; pero el etnicismo sabiniano (con su violentísima xenofobia concomitante) sí latió en la cosmovisión de la organización armada. Y añadiremos, para terminar, que cualquier intento de interpretar el nacionalismo vasco en clave revolucionaria nos parece completamente inverosímil (Almeida Díez, 2020), pues las fuentes de tal movimiento son palmariamente reaccionarias y tradicionalistas (el sentimiento de pérdida, una comunidad imaginada como ancestral que se diluye ante el avance de la modernidad). Debe recordarse que el vasquismo separatista surgió como un movimiento contrarrevolucionario (acérrimo enemigo de todas las instituciones del liberalismo político) y antisocialista.

## 8. BIBLIOGRAFÍA

- Almeida Díez, Adrián (2020). La hipótesis revolucionaria. Nacionalismo vasco y la crítica a la modernidad. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 22 (43), 119-142.
- Almeida Díez, Adrián (2022). El pueblo trabajador vasco. Breve historia de la formación de un concepto y sus consecuencias estratégicas en ETA. *El Futuro del Pasado*, 13, 543-582.
- Amézaga, Elías (2003). *Biografía sentimental de Sabino Arana*. Tafalla: Txalaparta.
- Arana Goiri, Sabino (1965). *Obras completas*. Buenos Aires: Sabindiar-Batza.
- Arana Goiri, Sabino (1982). *De fuera vendrá... Comedia en tres actos*. Edición y estudio histórico de José Luis de la Granja. San Sebastián: Haranburu.
- Aranzadi, Engracio de (2015). *La nación vasca*. Estudio introductorio y edición de Luis Castells. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Aranzadi, Juan (2001). Raza, linaje, familia y casa-solar en el País Vasco. *Hispania. Revista Española de Historia*, 61 (209), 879-906.
- Basaldúa, Pedro (1977). *El libertador vasco, Sabino Arana Goiri*. Bilbao: Geu-Argitaldaria.
- Caja, Francisco (2009). *La raza catalana. El núcleo doctrinal del catalanismo*. Madrid: Encuentro.
- Campión, Arturo (1976). *Discursos políticos y literarios*. Bilbao: Editorial La Gran Enciclopedia Vasca.
- Chacón Delgado, Pedro José (2015). El concepto de independencia vasca en Sabino Arana Goiri. *Historia Contemporánea*, 50, 75-103.

- Corcuera, Javier (1979). *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco. 1876-1904*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Elizondo, Mauro (1981). *Sabino Arana, padre de las nacionalidades. Correspondencia inédita de los hermanos Arana Goiri. Volumen II*. Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca.
- Elorza, Antonio (1978). *Ideologías del nacionalismo vasco. 1876-1937. De los "euskaros" a Jagi Jagi*. San Sebastián: Haranburu.
- Elorza, Antonio (1995). *La religión política. "El nacionalismo sabiniano" y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo*. San Sebastián: R&B, Haranburu.
- Granja, José Luis de la (1992). El nacionalismo vasco: de la literatura histórica a la historiografía. *Historia Contemporánea*, 7, 209-236.
- Granja, José Luis de la (2006). El culto a Sabino Arana: la doble resurrección y el origen histórico del *Aberri Eguna* en la II República. *Historia y Política*, 15, 65-116.
- Granja, José Luis de la (2015). *Ángel o demonio: Sabino Arana. El patriarca del nacionalismo vasco*. Madrid: Tecnos.
- Juaristi, Jon (1994). Los mitos de origen en la génesis de las identidades nacionales. La batalla de Arrigorriaga y el surgimiento del particularismo vasco (ss. XIV-XVI). *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 12, 191-228.
- Juaristi, Jon (1997). *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*. Madrid: Espasa.
- Larramendi, Manuel de (1983). *Sobre los Fueros de Guipúzcoa*. San Sebastián: Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones.
- Larronde, Jean-Claude (1977). *El nacionalismo vasco. Su origen y su ideología en la obra de Sabino Arana Goiri*. San Sebastián: Txertoa.
- Montero, Manuel (1995). *La California del hierro. Las minas y la modernización económica y social de Vizcaya*. Bilbao: Beitia.
- Pablo, Santiago de (2015). *La patria soñada. Historia del nacionalismo vasco desde su origen hasta la actualidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pablo, Santiago de; Mees, Ludger; Rodríguez Ranz, José Antonio (1999). *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco I: 1895-1936*. Barcelona: Crítica.
- Pi y Margall, Francisco (1967). *Las nacionalidades. Tomo I*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.
- Polo Blanco, Jorge (2022). Sabino Arana no partió de cero. Mitos, leyendas y fantasías en las fuentes ideológicas del nacionalismo vasco. *El Futuro del Pasado*, 13, 505-541.
- Smith, Anthony. D. (1986). *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Blackwell.
- Solozábal, Juan José (1975). *El primer nacionalismo vasco. Industrialismo y conciencia nacional*. Madrid: Túcar.

Sullivan, John (1988). *El nacionalismo vasco radical. 1959-1986*. Madrid: Alianza.

Unamuno, Miguel de (1966). *Obras completas. IX. Discursos y artículos*. Madrid: Escelicer.

Unamuno, Miguel de (1976). *Escritos socialistas. Artículos inéditos sobre el socialismo, 1894-1922*. Madrid: Ayuso.

Unamuno, Miguel de (1979). *República española y España republicana (1931-1936). Artículos no recogidos en las obras completas*. Salamanca: Almar.

